

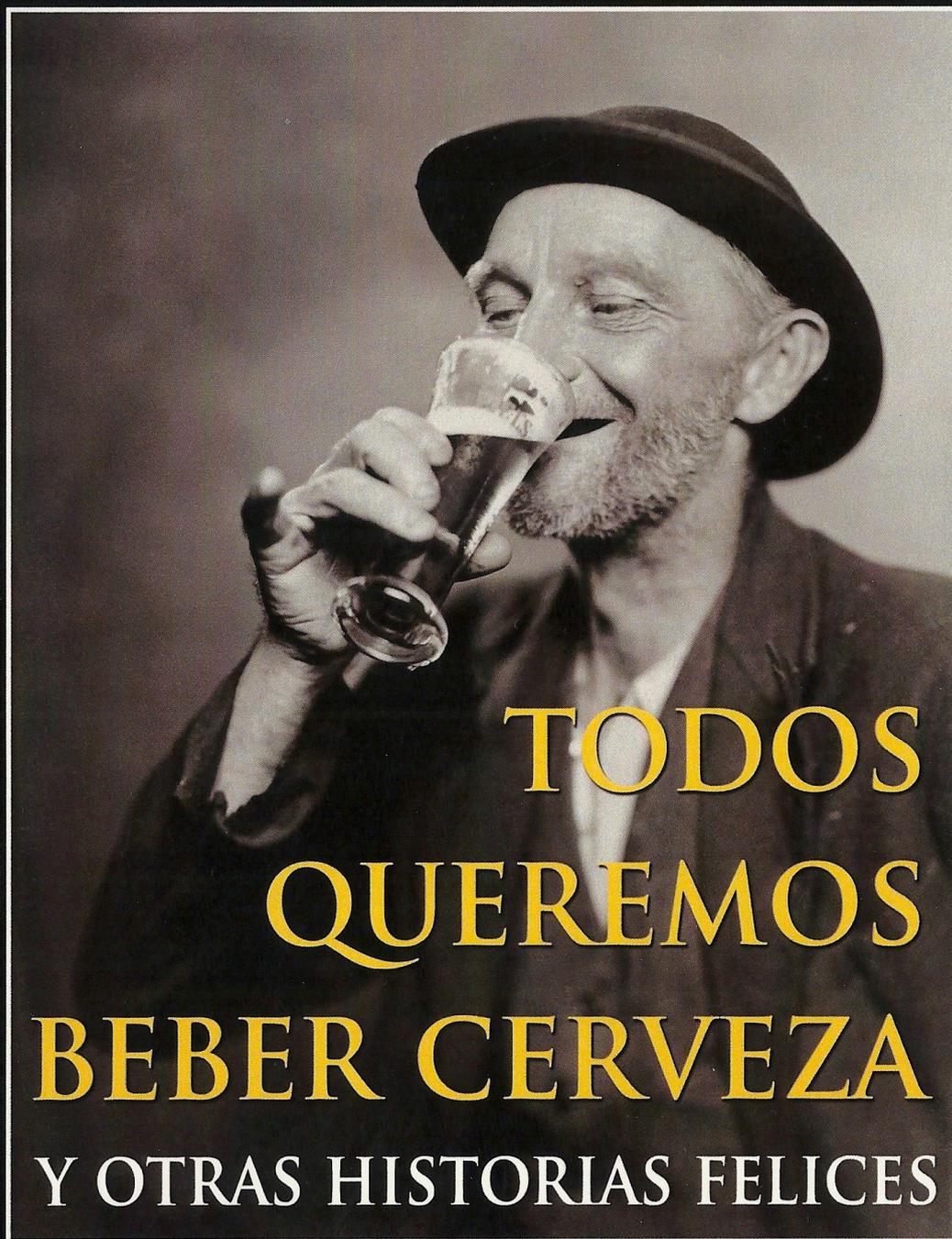
(Por segunda vez —privilegio del bueno—, Ignacio Sanz, en el relato «Con la cerveza, menos pedanterías» (incluido dentro del libro *Todos queremos beber cerveza*) hace de mí un personaje literario felizmente cervecero que «antes de beber una birra gigante, en consonancia con su corpulencia...», recita una letrilla ensalzadora de las virtudes de la cerveza. Muchísimas gracias, Ignacio, por mostrar de mí lo que yo desconocía... bueno, lo de beber cerveza ya lo sabía...)

CON LA CERVEZA, MENOS PEDANTERÍAS

El mundo de la cerveza artesana está dando los primeros pasos en España, pese a la contrastada antigüedad de la bebida. Asistimos a una eclosión imparable. Miles de personas, empujadas por la curiosidad, se han lanzado a elaborar cerveza casera en la cocina de sus casas o en merenderos familiares. Entre esos miles, unos pocos, animados por la gratificante experiencia, se han lanzado a montar microcerveceras con proyección empresarial. Es decir, para ser comercializada, sometida a controles sanitarios y al rigor de la Hacienda Pública. Y han creado empresas con todo lo que ello supone. Hay cientos en España. Y no sólo en Madrid o en Barcelona que suelen estar en la vanguardia. También en provincias medianas y pequeñas; en algunas de estas provincias las empresas cerveceras superan a los dedos de las manos. Tanta es la fiebre. Supongo que será difícil que todas puedan sobrevivir; el porcentaje de ventas en relación con las cervezas industriales acaso no llegará todavía al 1%, pero parece claro que irá en aumento porque el movimiento está encontrando eco entre los consumidores; de hecho, en EE.UU., cuyas tendencias de consumo solemos seguir con algunos años de retraso, el porcentaje que ocupa la cerveza artesana se sitúa por encima del 15%; la gente quiere saber y prueba y contrasta y descubre. Surgen catas por doquier, cursos de iniciación, tiendas especializadas, comidas elaboradas exclusivamente con cerveza, charlas, reportajes, revistas, libros, programas de televisión. En definitiva, el panorama cervecero está cambiando a pasos agigantados. Y, todo, en medio de una crisis económica aguda. Y de un índice de paro que produce vértigo. Tal es el cambio, que hasta las propias cerveceras industriales también se han colocado al rebufo de las nuevas inquietudes y ofrecen ahora una cerveza que imita alguna de las características más notables de las cervezas artesanas. Supongo que todo esto es positivo para el mundo de la cerveza y muy especialmente para el consumidor, que va a tener a su alcance una oferta mayor.

Con todo este movimiento, un temor me ronda: ¿caerá el mundo de la cerveza en la pedantería que asoló al mundo del vino en España? Ojalá no. Qué sofoco hemos pasado algunos al lado de esos pedantones que, reproduciendo el curso de cata al que habían asistido la semana anterior, corregían nuestra manera de

IGNACIO SANZ



TODOS
QUEREMOS
BEBER CERVEZA
Y OTRAS HISTORIAS FELICES



EDICIONES
CERVECERAS

sostener la copa o, incluso, nuestra forma de beber. Qué sofocos y cuanta paciencia hemos gastado con ellos. Con sus glicerinas, sus gustos primarios y sus retrogustos y sus postgustos. Hasta cincuenta sabores inverosímiles son capaces de advertir en una cata. Qué paladar más refinado. «Cuando un país pobre cae presa de la gastronomía es de esperar lo peor», escribía Félix de Azua. En países pobres y en países ricos; el camello ha llegado a todas partes y, en efecto, algunos de los sacerdotes sabihondos se han llevado chascos morrocotudos.

Intuyo que, últimamente, acosada por la crisis, la pedantería se ha ido diluyendo y el vino tiende a ser bueno, excelente y excelso. En realidad, gracias a los adelantos tecnológicos, nunca se ha elaborado un vino tan excelente como el que ahora se consume. En buena hora. Pero creció tanto el fenómeno de la pedantería en aquellos años de ascensión de los nuevos ricos que hasta el agua terminó siendo pasada por las papilas gustativas de los sabios metafísicos. Y qué chascos se llevaron algunos, por cierto.

Por suerte, la cerveza es una bebida más popular, es decir, más barata, aunque en ocasiones excepcionales pueda alcanzar precios más elevados, sometida a la ley de la oferta y la demanda. Pero, en general, la cerveza, incluso las cervezas más sofisticadas y complejas, suelen estar al alcance de un bolsillo medio que muestre cierta curiosidad exploratoria. Difícilmente pueden producirse con ella las tomaduras de pelo que ha sufrido el vino. La cerveza sigue siendo una bebida democrática y popular, aunque ahora, siguiendo las nuevas tendencias, trate de conquistar el paladar de muchos consumidores medios que buscan novedades. Pero sin pasarse de la raya, como si respondiera al espíritu de aquella letrilla expansiva y un poco ditirámica que, en una taberna de Reus, antes de beber una birra gigante, en consonancia con su corpulencia, le escuché al poeta catalán Juan López-Carrillo, tan cervecero.

Si la cerveza reina,
el corazón se expande
como playa infinita,
como bosque gigante.
Los sueños más sublimes
en el corazón laten,
que la cerveza ahuyenta
miserias y ruindades.
Los amigos parecen
narradores cabales.
Sus historias gozosas,
sus locos disparates,
y la risa que surge
como un río imparable.

Nosotros, los de siempre,
prudentes y cobardes,
parecemos de pronto
astutos e inmortales.
Ella, ella es el prodigio,
sólo ella el acicate,
las alas para el vuelo,
la guinda de la tarde.

Ojalá las nuevas remesas de cerveza innovadora que lleguen al mercado no pierdan el rumbo a la hora de presentarse y que, por más que ganen en excelencia y variedad, no caigan en la pedantería que hace años invadió el mundo del vino y al que, por sabio instinto, volvieron la espalda las clases populares de manera casi dramática. Porque, pese a la calidad excelente del vino, nunca los españoles han bebido tan poco. El vino y la cerveza sirven para contar, para cantar, para desinhibirnos, para hacer la vida más llevadera y para sacar lo mejor de nosotros mismos. Espero que la cerveza busque su equilibrio entre el espíritu prudente y disfrutador de Sancho Panza y el espíritu desenfrenado de Pantagruel. O, por acercarnos más a nuestro tiempo y hablar de un cervecero contemporáneo, al espíritu entusiasta y relatador de Bohumil Hrabal o de cualquiera de sus entrañables y tiernos personajes. En resumen: ojalá los catadores de cerveza no se pasen de rosca y domine el sentido común. Sería calamitoso, a la hora de hablar de cerveza, engolar la voz y endilgar al oyente una sarta de adjetivos rebuscados. Creo que la cerveza, por muy excelente que sea, no soporta la pedantería.